

1825: Chiloé después de Ayacucho. Especulaciones y diplomacia

Gonzalo Aravena Hermosilla

*Centro de Investigaciones Históricas de América Latina, Universidad
Jaume I de Castellón. Museo de Sitio Castillo de Niebla*

Resumen

La Batalla de Ayacucho de diciembre de 1824 ha sido considerada como la batalla final de las guerras de independencia en Sudamérica, sin embargo, la provincia de Chiloé, situada en el extremo sur, permaneció bajo control realista hasta enero de 1826. Este artículo analiza el contexto político y diplomático que rodeó la incorporación, centrándose en el período que transcurrió entre Ayacucho y las victorias republicanas en Pudeto y Bellavista. A través del estudio de las tensiones, estrategias y presiones diplomáticas, se exploran los desafíos para consolidar un orden republicano en uno de los territorios más australes del continente.

Palabras clave

Ayacucho, Chiloé, guerras de independencia, estrategias republicanas.

Abstract

The Battle of Ayacucho in December 1824 has been considered the final battle of the wars of independence in South America, however, the province of Chiloé, located in the extreme south, remained under royalist control until January 1826. This article analyzes the political and diplomatic context surrounding the incorporation, focusing on the period between Ayacucho and the Republican victories at Pudeto and Bellavista. Through the study of diplomatic tensions, strategies and pressures, the challenges to consolidate a republican order in one of the southernmost territories of the continent are explored.

Key words

Ayacucho, Chiloé, wars of independence, republican strategies.

La batalla de Ayacucho, librada en la pampa de Quinua en diciembre de 1824, es considerada por muchos como el punto final de la guerra de independencia en Sudamérica¹. Este enfrentamiento, que aseguró la derrota del ejército realista en el Perú, marcó un hito en la consolidación de las repúblicas independientes del continente. Sin embargo, el desenlace no fue absoluto: en el extremo sur, la Provincia de Chiloé continuó por más de un año siendo administrada como territorio monárquico². Esta, durante el periodo colonial, había ocupado un lugar estratégico dentro de la red defensiva del Pacífico Sur. Su ubicación, cerca de los pasos marítimos hacia el Cabo de Hornos, la convirtió en un enclave de importancia tanto militar como económico. Además, como archipiélago, fue un punto relevante para la navegación y el control de las costas del Virreinato, entre otras razones que motivaron su fortificación y transformación en intendencia militar a fines del siglo XVIII³. Estas caracte-

1 Justo Cuño, *Ayacucho: La última batalla de la independencia americana*, Catarata, Madrid, 2024.

2 Gonzalo Aravena, *Chiloé 1826: El proceso de incorporación de Chiloé a la república de Chile, 1813-1831*, Ediciones 1826, Santiago, 2017; Diego Barros Arana, *Las campañas de Chiloé: (1820-1826)*, Del Ferrocarril, Santiago, 1856; Cristián Aguilar, *Anexión de Chiloé (1826). Los diez años después*, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago, 2010.

3 Carlos Olguín, *Instituciones políticas y administrativas de Chiloé en el siglo XVIII*, Estudios de derecho indiano/publicaciones del Seminario de Historia y Filosofía del Derecho de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de Chile, Editorial Jurídica de Chile, Santiago, 1971; Rodolfo Urbina Burgos, *La periferia meridional indiana. Chiloé en el siglo XVIII*, 1.^a ed., Universidad de Valparaíso, Valparaíso, 1983; Walter Hanisch, *La Isla de Chiloé, capitana de rutas australes*, Acad. Superior de Ciencias pedagógicas de Santiago, Santiago, 1982; Gabriel Guarda, *Flandes indiano: las*

rísticas lo posicionaron como un territorio importante en las disputas que se sucedieron con posterioridad a las primeras declaraciones de independencias.

Además de su importancia estratégica, Chiloé representaba un desafío político para la naciente república. Su prolongada resistencia no solo constituía un foco de oposición militar, sino que también ponía en riesgo la legitimidad y estabilidad frente al reconocimiento de las potencias internacionales. Desde Santiago, la presión por incorporarle también respondía al temor de que Chiloé pudiera convertirse en una base para eventuales intervenciones extranjeras en la región.

Este artículo analiza el contexto político y diplomático que rodeó la incorporación, examinando el periodo comprendido entre la batalla de Ayacucho en diciembre de 1824 y las decisivas victorias republicanas en Pudeto y Bellavista en enero de 1826. Se abordan tensiones internas, estrategias republicanas, la resistencia del gobierno chilote y los intereses internacionales, destacando los desafíos para establecer el orden republicano en el continente.

Para desarrollar este trabajo, se consultaron diversas fuentes primarias y secundarias, incluyendo epistolarios, documentación parlamentaria y memorias de figuras incidentes de la época. También se revisaron documentos administrativos provenientes de los fondos del Archivo Nacional de Chile. El artículo se estructura en tres secciones principales: primero, un análisis del contexto inmediato en Chile tras la batalla de Ayacucho; en segundo lugar, los debates políticos y diplomáticos que tuvieron lugar en 1825; y, finalmente, la incorporación efectiva del territorio al proyecto chileno, marcando el cierre definitivo de la resistencia monárquica en Sudamérica.

“No queda ningún soldado español en América”

Semanas después de la batalla de Ayacucho, el entonces Director Supremo de Chile, Ramón Freire, presentó ante el Senado sus reflexiones sobre la situación de la austral Provincia. Este territorio, con una población cercana a los 40 mil habitantes, se encontraba dividido en diez partidos: Castro, Chacao, Dalcahue, Chonchi, Lemuy, Quinchao, Quenac, Calbuco, San Carlos y Carelmapu-Maullín. Su geografía estaba caracterizada por una extensa red de islas, canales y fiordos que dificultaban el acceso terrestre, lo que reforzaba su aislamiento y su importancia estratégica. Esta particularidad geográfica, sus inclemencias climáticas, entre otros factores, sustentaba una economía doméstica basada principalmente en la pesca y la explotación maderera. Su población estaba compuesta mayoritariamente por comunidades

fortificaciones del Reino de Chile 1541-1826, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990; Rodolfo Urbina Burgos, *Gobierno y sociedad en Chiloé colonial*, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2013.

indígenas huilliches y chonas, complementadas por una reducida pero influyente élite criolla y peninsular. En términos políticos y administrativos, Chiloé funcionaba como un enclave monárquico, ajeno a los cambios republicanos que transformaban el continente⁴.

Freire comprendía su relevancia estratégica y ya había intentado tomar el control del archipiélago durante el otoño de 1824, aunque la campaña había fracasado estrepitosamente⁵. Llegado el verano, y tras la decisiva victoria republicana en Ayacucho, el panorama continental ofrecía una nueva oportunidad para volver a intentarlo. Ante el Senado chileno, Freire insistió en que la victoria en tierra no garantizaba el dominio marítimo, mucho menos en el sur. Advirtió que las embarcaciones realistas que aún quedaban a la deriva en la costa del Pacífico podían encontrar refugio allí para reorganizarse y lanzar un eventual contraataque contra la joven república⁶.

El Director Supremo también temía que, reforzado con cerca de tres mil soldados llegados desde el Perú, Chiloé se convirtiera en una base desde la cual amenazar la estabilidad de la independencia. Las vulnerables costas chilenas y la posibilidad de que el archipiélago sirviera como plataforma de ofensiva subrayaban la urgencia de una intervención militar. Freire tenía información de que, tras su fallido intento, el enorme navío de línea “Asia”⁷, con una tripulación de más de 600 milicianos, había permanecido en la isla durante gran parte del pasado invierno, dejando más de siete mil fusiles y una considerable cantidad de pertrechos militares para fortalecer la defensa monárquica. A esto se sumaban rumores de una nueva expedición realista de seis mil hombres que se estaría preparando en Sevilla, financiada por un empréstito de doce millones de pesos obtenido por el rey Fernando VII a través del comercio

4 Tomás Catepillán, “La Provincia de Chile: Construcción Del Estado-Nación En Chiloé, 1830-1880”, Tesis de Doctorado, El Colegio de México, México, 2017; Mario Uribe, “Chiloé, la tierra donde llueve trece meses al año”, *Revista aniversario* 1984, 34, (1984); Juan Contreras (ed.), *La población y la economía de Chiloé durante la colonia (1567-1826): un ensayo de interpretación*, Universidad de Concepción, Concepción, 1971; Rodolfo Urbina Burgos, *Población indígena, encomienda y tributo en Chiloé: 1567-1813: política estatal y criterios locales sobre el servicio personal de «veliches» y payos*, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 2004; Isidoro Vázquez de Acuña, “Evolución de la población de Chiloé (siglos XVI-XX)”, *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 58, (1991), pp. 418-420; Tomás Catepillán, “Identidad chilota”, en *Etnia, nación, Estado. Perspectivas multidisciplinares*, vol. XLVIII, Anales del Instituto de Chile, Instituto de Chile, Santiago, 2024; Renato Cárdenas A., Dante Montiel Vera, y Catherine G. Hall (eds.), *Los Chono y los veliche de Chiloé*, Ediciones OLIMPHO, Santiago de Chile, 1991.

5 Gonzalo Aravena, “La victoria de Mocopulli. Una batalla por la resistencia de Chiloé a la independencia de Chile, 1824”, *Espacio Regional. Revista de Estudios Sociales* 1, 21, (2024). pp. 11-20; *Bicentenario del Combate de Mocopulli, 1824-2024*, Digital, Documental, 2024; Marco Antonio Olivares, *El combate de Mocopulli y su trascendencia en la guerra de anexión de Chiloé, durante la última etapa del proceso emancipador republicano chileno, 1818-1826*, Universidad de Los Lagos, Osorno, 2000.

6 Valentín Letelier (ed.), *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*, Cervantes, Santiago de Chile, 1887, X, p. 124.

7 Juan Marchena Fernández, *Vientos de guerra: apogeo y crisis de la Real Armada, 1750-1823*, Doce calles, Madrid, 2018.

con Holanda. Y, además, circulaban informes de que el embajador ruso en la Corte de Madrid habría ofrecido el apoyo de cien mil soldados y buques necesarios para intentar someter nuevamente a las Américas⁸.

En 1825, el temor de una intervención europea se sumaba al clima de incertidumbre que rodeaba las especulaciones sobre Chiloé. La posible reorganización interna del ejército chilote, apoyada por los escasos milicianos realistas que huían del avance republicano en el continente, añadía complejidad al asunto. Por ejemplo, durante los primeros meses de ese año, numerosos combatientes capturados en la batalla de Ayacucho fueron trasladados a Valparaíso. Allí permanecieron encarcelados, a la espera de ser expulsados de forma definitiva del continente americano. Sin embargo, surgieron dudas en torno al destino de estas tropas y los recursos necesarios para garantizar su expulsión⁹.

Los parlamentarios chilenos debatieron si era válido financiar el sostenimiento de los prisioneros mientras permanecieran en territorio chileno, pero no más allá de las aguas de la república. Desde una perspectiva estratégica, algunos políticos argumentaron la necesidad de costear su traslado hasta tierras peninsulares para evitar que Chiloé pudiera convertirse en un refugio para estas tropas realistas abandonadas.

En este contexto, el diputado Francisco Ramón Vicuña se preguntaba: ¿qué ocurriría si los prisioneros, en alta mar, se amotinaron y obligaran al capitán a dirigir la nave hacia Chiloé en busca de apoyo? ¿Podrían estas tropas contribuir a reforzar la defensa realista? Haciendo referencia a insurrecciones previas como las conocidas de Manuel Velásquez y Fermín Pérez, advirtió:

“El gobernador de [Chiloé] ya se ha visto amarrado y preso por los oficiales americanos que tenía en sus tropas, y hay probabilidades que pueda suceder lo mismo en pocos meses, y se incorpore aquella provincia sin costar al Estado ni sangre ni caudales; pero si llegase este refuerzo, quedarían frustradas del todo las esperanzas”¹⁰.

Estas preocupaciones no eran infundadas. Las insurrecciones lideradas por Velásquez y Pérez en febrero de 1825¹¹ habían demostrado que la lealtad de las tropas en Chiloé podía fractu-

8 Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*, X, p. 124.

9 Valentín Letelier, XI, p. 161.

10 Ibídem.

11 Manuel Velásquez fue uno de los muchos chilotes que, en 1813, incursionó en territorio chileno durante las campañas realistas. En 1815 llegó a Santiago, donde se destacó en su labor militar, lo que le permitió formar parte de la guardia oficial del gobernador de la capitanía general. Según Urbina Burgos, “los chilotes en Santiago se sentían vencedores y no lo ocultaban, como no podía ocultarlo el Cabildo de Castro. Oficiales y soldados del Batallón Chiloé formaron parte de la guardia del gobernador, como reconocimiento a su fidelidad y a su comportamiento militar”, Rodolfo Urbina Burgos, “Período independentista: Los chilotes “defensores del Rey”: (1812-1826)”, *Estudios Historiográficos*, (2003). Fermín Pérez tuvo una trayectoria similar a la de Velásquez. También llegó a Santiago junto a otros oficiales de Chiloé,

rarse, especialmente ante un contexto de incertidumbre como el que se vivía tras Ayacucho. Estos capitanes chilotes, antiguos oficiales realistas, habían capturado al gobernador Antonio Quintanilla con la intención de entregar el archipiélago al gobierno de Chile, aunque su conspiración fue sofocada con rapidez y fueron expulsados del territorio¹².

Quintanilla había sido un comerciante español residente en Concepción cuya vida dio un giro drástico con el inicio de la guerra, llevándolo a alistarse como soldado del rey en 1813. Su desempeño en las campañas militares del continente le valió el nombramiento como gobernador de la Provincia. Durante su administración, se destacó por mantener el control del territorio, organizando su defensa frente a los repetidos intentos republicanos de someterle¹³. La posibilidad de que un refuerzo de tropas prisioneras pudiera apoyarle no era descabellada.

Ante este escenario, el ejecutivo chileno insistió en que el Senado debía garantizar que llegaran a la Península sin contratiempos, aunque esto implicara mayores gastos. El objetivo era evitar cualquier eventualidad que pudiera reforzar la resistencia o revitalizar la causa monárquica. Este temor subrayaba la necesidad de resolver rápidamente la situación del archipiélago y cerrar definitivamente un capítulo que aún mantenía abierta la lucha por la independencia en la región.

Asimismo, en Puno, el brigadier español Pablo de Echeverría, tras el desastre en Ayacucho, ofreció viajar a Chiloé en busca de tropas, armas y suministros para mantener la resistencia en Perú. Sin embargo, su plan terminó abruptamente cuando fue capturado y ejecutado en Arequipa¹⁴.

En este contexto, la conquista era vista no solo como una necesidad, sino como una urgencia. Sin embargo, antes de recurrir a la intervención, el gobierno buscó agotar todas las posibilidades mediante la diplomacia.

destacándose por su comportamiento militar y ganándose el reconocimiento de las élites realistas. Tras los éxitos republicanos, regresó a San Carlos, donde continuó su carrera militar como capitán de compañía, al igual que muchos de sus compañeros del batallón que habían servido con lealtad al rey.

12 Gonzalo Aravena, *Chiloé 1826*, p. 170.

13 Antonio Quintanilla, *Autobiografía del mariscal de campo, d. Antonio de Quintanilla*, Serie verde 1, La América, Madrid, 1884; Gonzalo Aravena, Ignacio Ibáñez y Alejandro Orellana, *Epistolario de Antonio de Quintanilla y Santiago: último gobernador monárquico de Chiloé, 1817-1826*, Historia Chilena, Santiago, 2018; Lorenzo Caglevic, *El hidalgo Antonio de Quintanilla: un quijote en Chiloé*, RIL editores, Santiago de Chile, 2017; Jesús Canales Ruiz, *El mariscal Quintanilla: un cántabro, último defensor de España en América del Sur*, Centro de estudios montañoses, Santander, 2001; José Fernández, "Antonio de Quintanilla y los últimos de América: una epopeya poco conocida", *Revista general de marina*, 251, (2006), pp. 25-32.

14 Daniel O'leary, *Memorias del general O'Leary, publicadas por su hijo, Simón B. O'Leary, por orden del gobierno de Venezuela y bajo los auspicios de su presidente, general Guzmán Blanco*, Gaceta Oficial, Caracas, Caracas, 1879; Víctor Condori, "Un origen y tres destinos. Echeverría, Espartero y Antonio González en Arequipa, 1825", *Revista de Indias*, 84, 290, (2024), pp.1-17.

El ministro de relaciones exteriores, Francisco Antonio Pinto, se sumó a las declaraciones oficiales y escribió al gobernador chilote instándolo a unirse al gobierno chileno y evitar un derramamiento de sangre¹⁵. En su carta, exageraba al afirmar que ya no existía “ningún soldado español en el opulento Méjico, Guatemala, Colombia, Perú y Chile” y que “nada pues resta a la felicidad de esta parte de América, que ver a ese archipiélago incorporarse a la familia chilena y concluya para siempre una guerra homicida entre pueblos hermanos”¹⁶. El gobierno chileno confiaba en que la derrota de los ejércitos realistas en Ayacucho sería suficiente para persuadir a los mandos chilotes de rendirse. El tono empleado por Pinto reflejaba también la intención de presentar a Chiloé como parte de una supuesta comunidad chilena, apelando a un sentido de hermandad y sugiriendo que el archipiélago debía regresar a la familia, aunque esta relación histórica no tenía un fundamento real, ya que los contextos tardo coloniales de ambos territorios habían seguido trayectorias muy distintas¹⁷.

En su intento de persuadir a Quintanilla, Pinto destacó que en el Perú había “12.000 soldados victoriosos y aguerridos” que no podían permanecer indiferentes ante la situación de Chiloé. A pesar de estas amenazas, el gobierno chileno mantenía la esperanza de llegar a un acuerdo, ofreciendo “amistosas proposiciones” para lograr una “sincera y cordial unión” y poner fin a los desastres de una guerra prolongada¹⁸. Pinto también subrayó la abrumadora diferencia de fuerzas tras la caída del virreinato, señalando que la resistencia de unos pocos centenares de chilotes era inútil frente a los miles de republicanos de Chile, Perú y la Gran Colombia que podrían intervenir. En un tono conciliador, le ofreció que, de aceptar la incorporación, todos los funcionarios civiles y militares conservarían sus grados y empleos, y que él mismo seguiría siendo gobernador de la Provincia con el mismo rango militar, aunque bajo el mando de la República.

Lo cierto es que, tras Ayacucho, la supuesta flota realista en el Pacífico se dispersó rápidamente. En Chile, la noticia se difundió con entusiasmo: ya no quedaba ningún “buque español en estos mares”, publicó el periódico *El Liberal*¹⁹. Parte de la flota huyó hacia Manila,

15 Ministerio del Interior, Archivo Nacional de Chile [en adelante: ANCh], 61, 256.

16 Francisco Antonio Pinto, “Carta de Don Francisco Antonio Pinto a Don Antonio de Quintanilla, 31 de enero de 1825”, Ferrocarril, Santiago, 1856, pp. 164-66.

17 Cristián Guerrero Lira, *La contrarrevolución de la Independencia en Chile*, 1ª ed, Colección sociedad y cultura/Centro de Investigaciones Diego Barros Arana 28, Editorial Universitaria, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2002; María Ximena Urbina Carrasco, “La Situación de Chiloé Durante Las Guerras de Independencia”, en Scarlett O’Phelan y Georges Lomné (eds.), *Abascal y La Contra-Independencia de América Del Sur*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2013, pp. 187-226; Fernando Campos Harriet, *Los defensores del rey*, 2a. ed., Andrés Bello, Santiago. 1976.

18 Francisco Antonio Pinto, “Carta de Don Francisco Antonio Pinto a Don Antonio de Quintanilla, 31 de enero de 1825”.

19 *El Liberal*, 28 de enero de 1825.

Filipinas, pero la falta de víveres obligó a detenerse en las islas Marianas. Allí, la moral de las tropas, ya debilitada, colapsó por completo, lo que provocó una sublevación en la que los amotinados tomaron el control de las embarcaciones: el navío Asia (el que había estado en Chiloé), los bergantines Aquiles y Constante, y la fragata Clarington. El motín terminó con la quema de la fragata, mientras que los restantes barcos regresaron a América para entregarse a las fuerzas republicanas. El Asia y el Constante se dirigieron a México, y el Aquiles se rindió al gobierno chileno²⁰. Por otro lado, la fragata Hernestine escoltó al virrey La Serna de regreso a Europa desde El Callao, dejando solo pequeños restos del escaso cuerpo realista que pudo buscar refugio en Chiloé.

Este escenario incrementó el entusiasmo en el bando republicano y dio paso a una renovada ofensiva discursiva y política. En efecto, la noticia de la dispersión de la flota realista en el Pacífico afectó profundamente a quienes dirigían el gobierno en el archipiélago, sin embargo, no claudicaron. Aunque eran conscientes de que sus posibilidades de éxito eran cada vez más remotas, optaron por resistir, demostrando una tenacidad que prolongó la lucha en ese rincón del continente.

“No se debe solamente buscar lo justo sino también lo útil”

Desde Bogotá hasta Santiago, pasando por Lima y Caracas, los últimos reductos realistas en América, entre ellos Chiloé, se convirtieron en tema de debate en los principales círculos políticos continentales²¹. La resistencia persistente de estos enclaves planteaba preguntas cruciales: ¿Cuál sería el destino tras Ayacucho? Para Chiloé ¿cuándo y cómo debía ser invadido? ¿Quién lideraría la expedición? ¿Era legítimo proceder con una acción militar? ¿Qué factores justificaban tal intervención? ¿Existían alternativas diplomáticas? Y, quizás lo más urgente para Chile, ¿cómo reunir el apoyo financiero necesario para emprender la marcha sobre el archipiélago?

Estas interrogantes reflejaban la complejidad del momento histórico y atrajeron la atención de diversas figuras políticas y militares. Uno de los actores más destacados en estas discusiones fue Bernardo O’Higgins, el otrora Director Supremo de Chile. Aunque exiliado en Lima desde su abdicación en 1823, continuaba ejerciendo influencia sobre los debates políticos de Santiago y generando reacciones tanto entre sus partidarios como entre sus críticos.

20 Mariano Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, Lemale Aine, Manchester, 1874.

21 Gonzalo Aravena, *Chiloé en documentos parlamentarios chilenos: Colección de documentos de las sesiones del Congreso Nacional, 1819-1831*, Ediciones 1826, Castro, 2014; Gonzalo Aravena, “Debates parlamentarios e historiografía decimonónica en relación a la incorporación del Archipiélago de Chiloé a la República de Chile. Siglo XIX”, en *Wayra. Nuevos vientos en la historiografía chilena*, Universidad de Tarapacá, Iquique, 2017; Delfina Fernández, *Últimos reductos españoles en América*, Fundación Mapfre, Madrid, 1992; Sebastián López y Carlos Canales, “Chiloé 1826: el último bastión”, *Revista Ristre*, (2002).

Tras su renuncia y juicio de residencia, O'Higgins encontró refugio en Perú, donde fue acogido por el gobierno del General José de San Martín, quien le otorgó propiedades²². Más tarde, colaboró con Simón Bolívar, manteniendo relaciones cercanas con figuras influyentes como Hipólito Unanue, ministro de Justicia peruano. A través de esta red de contactos y una constante correspondencia, aseguraba que su voz, aunque desde la distancia, siguiera siendo relevante en las deliberaciones sobre el destino de Chile.

En junio de 1825, Unanue, actuando en nombre de Simón Bolívar, escribió a O'Higgins solicitando su opinión sobre la austral Provincia²³. El archipiélago preocupaba al Libertador, quien consideraba que la derrota de los últimos bastiones monárquicos en Sudamérica era fundamental para fortalecer las independencias. Bolívar ya tenía un plan claro: tras la caída definitiva de El Callao y la Fortaleza del Real Felipe, donde aún resistía el general Rodil²⁴, organizaría un ejército acompañado de una gran flota para colaborar con Chile en la conquista de Chiloé. Antes de proceder, sin embargo, deseaba conocer las impresiones y recomendaciones del otrora militar chileno, cuya experiencia y perspectiva seguían siendo valoradas a nivel continental.

O'Higgins, quien veía en la liberación de Chiloé una extensión de las glorias de Bolívar y de la revolución independentista, apoyó de inmediato el plan del Libertador. Consideraba que, como refugio de las fuerzas realistas en el Pacífico, representaba una amenaza tanto para Chile como para el Perú. Para él, el archipiélago, situado estratégicamente cerca del Cabo de Hornos, había servido como asilo para los enemigos de los nuevos estados republicanos y se había convertido en un obstáculo significativo para los intereses comerciales de la región. Según su perspectiva, liberarle de la soberanía realista facilitaría que las potencias europeas reconocieran finalmente la independencia de América. La permanencia del estandarte español, en cambio, podría dilatar ese reconocimiento y debilitar la legitimidad de los nuevos estados²⁵.

En Santiago, figuras como Juan Egaña coincidían con la visión del ex director supremo. Egaña argumentaba que la persistencia de un enclave español en territorio chileno comprometía la estabilidad y soberanía de la joven república ante las potencias europeas. Advertía que esta "desorganización" podía llevar a que las naciones extranjeras retrasaran el reconoci-

22 Gonzalo Serrano, "Bernardo O'Higgins en Perú, guía y apoyo del general Manuel Bulnes durante la guerra de Chile contra la Confederación", *Revista de historia (Concepción)* 28, 2 (2021), pp. 53-70; Gonzalo Serrano, "Bernardo O'Higgins y su dulce destierro. El negocio del azúcar en tierras peruanas y sus intereses en la guerra de Chile contra la confederación Perú-Boliviana (1836-1839)", *Intus-Legere Historia* 12, 1, (2018), pp. 139-168; Scarlett O'Phelan, *Bernardo O'Higgins y sus estancias en el Perú* (Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010).

23 Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán Jeneral de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina i Gran Mariscal del Perú*, Rafael Jover, Santiago de Chile, 1882, p. 697.

24 José Ramón Rodil, *Memoria del sitio del Callao*, CSIC, Sevilla, 1955; Manuel Chust y Claudia Rosas (eds.), *El Perú en revolución. Independencia y guerra: un proceso, 1780-1826*, Universitat Jaume I, Castellón, 2017.

25 Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán Jeneral de Chile*, pp. 698-702.

miento de la independencia. Para él, era fundamental demostrar que Chile tenía un Congreso estable con el cual negociar, y que tanto España como la Santa Alianza entendieran que Chiloé no podía continuar siendo un territorio confiable para las aspiraciones monárquicas²⁶.

O'Higgins, en su correspondencia con Bolívar, compartía su preocupación por la estabilidad interna de Chile y cuestionaba la capacidad del gobierno de Ramón Freire para liderar una expedición en medio de un contexto político muy frágil e inestable. En sus palabras, en Chile “los partidos trabajan mutuamente para destruirse”²⁷, lo que generaba un ambiente de deslegitimación que dificultaba la toma de decisiones urgentes. Asimismo, planteaba dos interrogantes relevantes: ¿podría el gobierno de Chile, en medio de ese desorden, organizar con éxito una expedición militar?, o, en su defecto, ¿sería legítimo que el Perú, con un liderazgo más consolidado, asumiera esa tarea y anexara el archipiélago a su República?

El gobierno chileno había propuesto un sistema de asambleas provinciales que, según los o'higinistas, dispersaba tanto la autoridad que la hacía prácticamente inexistente e imposible de una toma de decisiones centralizada y efectiva²⁸. Esta dispersión generó incertidumbres sobre si el control y la invasión debían ser gestionados como una cuestión de interés nacional o si debía resolverse como un tema particular de ciertas provincias o magistrados.

En las discusiones del Congreso chileno de 1825, este tema fue particularmente relevante y provocó debates. Por ejemplo, en septiembre, el diputado José Miguel Infante se preguntaba si una expedición a Chiloé debía considerarse un “asunto general” que involucraba a todo el Estado o una cuestión “provincial” que podría ser decidida por ciertos cuerpos legislativos. Infante resaltaba la tensión entre las atribuciones generales del Estado y la soberanía de las provincias. Esto, según los detractores, reflejaba la dificultad de tomar decisiones coherentes en un Chile fragmentado por la democratización y la burocratización que había surgido con la provincialización²⁹.

Este debate no solo evidenciaba la complejidad de gobernar en un país aún en formación, sino también cómo los proyectos políticos en juego interferían en la toma de decisiones en un momento determinante posterior a la independencia.

La segunda pregunta planteada por O'Higgins aludía a una propuesta que, en su contexto, no dejaba de ser factible, incluso después de 1826: ¿Podía Chiloé ser incorporado a Perú? Para él, bien podría haber sido de esa forma, basándose en la idea de que “toda nación no debe

26 Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*, XI, p. 368.

27 Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán Jeneral de Chile*, p. 698.

28 Gabriel Salazar, *Construcción de Estado en Chile (1800-1837): Democracia de los «pueblos». Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico*, Colección Todo es historia, Sudamericana, Santiago, 2011.

29 Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*, XI, p. 337.

solamente buscar lo justo sino también lo útil”. Desde su perspectiva, la incorporación del archipiélago al Estado peruano no planteaba ningún problema de legitimidad, ya que esta acción estaría fundada “en las más felices disposiciones por parte de esta república para obrar conforme a los intereses comunes”³⁰.

De haberse llevado a cabo, Chiloé se habría convertido en una posesión más de la república peruana, heredera del Virreinato del Perú, al cual había estado directamente ligado durante todo el periodo tardo colonial³¹. Años más tarde, refiriéndose al contexto de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, O’Higgins reforzó esta visión. Señaló que Chile nunca había tenido posesión real del archipiélago hasta antes de 1826 y que la supuesta ligazón entre Chiloé y Chile era tan ficticia como la que existía en ese momento entre Perú y Bolivia. “Porque el archipiélago de Chiloé estaba gobernado por el Perú, cuando éste nunca lo fue por Chile”³².

En efecto, la posibilidad de que Chiloé se incorporara al Perú fue una preocupación presente en el pensamiento de líderes peruanos. Bolívar presionó al gobierno chileno para que resolviera la situación. En una carta dirigida a Manuel Blanco Encalada, afirmó que “Chiloé, puede decirse, es la llave del Pacífico, y yo temo mucho que Quintanilla lo entregue a alguna nación extranjera antes que ver el archipiélago en manos de los americanos”³³. En esta carta, dejó claro que, si Chile no actuaba, él lo haría desde el Perú.

El ministro de relaciones exteriores de ese país, también instó al gobierno chileno a conquistar Chiloé, ofreciendo incluso “fuerzas colombianas de mar y tierra” para asegurar el éxito de la campaña. Sin embargo, el gobierno de Chile rechazó esta ayuda, argumentando que podía manejar la situación por sí solo, una vez que las naves que habían colaborado en la campaña del Perú regresaran a Valparaíso³⁴.

Pese a la negativa chilena, el gobierno peruano no se dio por satisfecho. En septiembre de 1825, según la misma fuente, Bolívar escribió al consejo de gobierno del Perú sugiriendo que el país podría ocupar Chiloé sin consultar al gobierno chileno. Argumentó que Chile no había cumplido con su deber de consultar antes de fijar los límites de su territorio en sus constituciones y que, por tanto, “los derechos del Perú a Chiloé eran incontestables”³⁵.

30 Benjamín Vicuña Mackenna, *Vida del Capitán Jeneral de Chile*, p. 698.

31 Gonzalo Aravena, Ignacio Ibáñez, y Alejandro Orellana, *Huellas de Chiloé en Lima: fuentes para el estudio de Chiloé en la Independencia, 1808-1824*, Historia Chilena, Santiago, 2017.

32 Alfredo Gómez y Francisco Ocaranza (eds.), *Epistolario de don Bernardo O’Higgins*, vol. Tomo I, Universidad Bernardo O’Higgins, Santiago, 2013, p. 631.

33 Archivo del Libertador Simón Bolívar, Documento 962. Carta del libertador Simón Bolívar al almirante Blanco de la Encalada, fechada en Potosí el 16 de octubre de 1825.

34 Sergio Correa, “Bolívar y Chiloé”, *Revista Cultura de y desde Chiloé*, (2003), p. 123.

35 Sin embargo, cabe destacar que esta situación no ha sido abordada con gran importancia en la historiografía oficial peruana. Jorge Basadre, quizás el historiador más destacado del siglo XX en esta corriente, explicó que esa república fue

En otra carta dirigida al presidente de Colombia, expresó su preocupación de que España, por maldad o envidia, pudiera vender Chiloé a Inglaterra o Francia³⁶. Esto podría cerrar los puertos del Pacífico en caso de un conflicto, lo cual representaba un riesgo estratégico³⁷.

El cónsul británico en Chile, Christopher Nugent, en julio de 1825, mencionaba la posibilidad de que el gobernador de Chiloé entregara el territorio a los ingleses³⁸. Aunque el diplomático reconocía que la aceptación de esta oferta contradecía la política de no apropiarse de las antiguas colonias españolas, planteaba que, en el caso de una disputa entre Chile y Perú por la posesión del archipiélago, Gran Bretaña podría tomar el control temporal hasta que se resolviera la cuestión. Además, observaba que los chilotes tenían una buena impresión de Gran Bretaña y que verían con buenos ojos su protección. En noviembre escribió que los chilotes “manifestaban el deseo y la verdadera necesidad de un cambio en la Isla, prefiriendo por cierto la protección de Gran Bretaña a la de Chile o Perú”³⁹. Esta oferta, sin duda, era tentadora para los planes británicos.

Aunque no existen fuentes claras que confirmen un vínculo directo entre el gobierno de Chiloé y Londres, es razonable suponer que existió correspondencia, ya que la comunicación entre el archipiélago y la Península pasaba por la base inglesa de Río de Janeiro. La llegada de la familia real portuguesa a esta ciudad en 1807, bajo la protección de la Armada Real británica, había convertido a Brasil en un centro estratégico para las posesiones monárquicas hispánicas en América⁴⁰.

creada en virtud de “la libre determinación popular complementada por los títulos coloniales”, heredando “por actos solemnes de la población, el territorio del Virreinato del mismo nombre, como estaba constituido al producirse la independencia”. Y así, en su narrativa maestra sobre el surgimiento de la república peruana y los movimientos insurgentes de 1810, nunca mencionó el archipiélago austral. Jorge Basadre, *Historia de la república del Perú, 1822-1833. Tomo I*, El Comercio, Lima, 1939. Esta omisión no debe sorprender si se considera que el texto de Basadre responde a la necesidad de explicar el desarrollo político-territorial efectivo del Perú, y Chiloé, al no haber sido relevante políticamente para la república peruana, no figura en ese marco narrativo. Además, la historiografía oficial tiende a legitimar el ordenamiento político vigente en el momento de su escritura, destacando logros y héroes nacionales. Dado que para entonces Chiloé no representaba una reivindicación para el Perú, resulta comprensible la falta de alusiones a este tema.

- 36 Fernando Berguño, “¿Un proyecto de asentamiento francés en la isla de Chiloé (1827-1829)?”, *Anales del Instituto de la Patagonia*, 31, (2003), p. 16.
- 37 María Ximena Urbina Carrasco, “Los “papeles de Londres” y alertas sobre ingleses: Chiloé y las costas de la Patagonia Occidental ante los conflictos entre España e Inglaterra : siglos XVII y XVIII”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 48, (2018), pp. 235-264.
- 38 Gabriel Guarda, *Flandes indiano: las fortificaciones del Reino de Chile, 1541-1826*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, p. 340.
- 39 Domingo Amunátegui Solar, *Pipiolos y pelucones*, Publicaciones de la Universidad de Chile, Santiago de Chile, 1939, p. 7.
- 40 Joao Paulo Pimenta, *Brasil y la independencia de Hispanoamérica*, Universitat Jaume I, Castellón, 2007.

Muchos emisarios hicieron escala en las costas brasileñas en busca de apoyo, y resulta significativo que Quintanilla ordenara a sus embarcaciones, visadas con patentes de corso, izar la bandera inglesa al aproximarse a las costas chilenas para evitar posibles enfrentamientos⁴¹.

Además, la posibilidad no era tan inusual si se considera que la cesión de territorios a potencias extranjeras había sido contemplada anteriormente por figuras como José Miguel Carrera, José de San Martín, Bernardo O'Higgins e incluso Ramón Freire. Por ejemplo, en 1818, el ministro plenipotenciario del gobierno chileno, José de Irrisarri, había planteado en Londres la posibilidad de ceder Chiloé y Valdivia a cambio del reconocimiento de la independencia chilena⁴². También había considerado la adopción de un régimen monárquico en Chile⁴³, cediendo el puerto de Valdivia y la isla de Juan Fernández a cambio de la protección británica⁴⁴.

Este complejo entramado de intereses políticos y diplomáticos revela cómo la Provincia, más que un simple territorio, se convirtió en un nodo estratégico en las tensiones continentales del periodo. Su persistencia como bastión realista no solo reflejaba la resistencia local, sino también las ambiciones e incertidumbres entre los nuevos estados republicanos y las potencias extranjeras.

"La guerra de independencia ha terminado"

Con todo y tras conseguir el financiamiento, al finalizar el año 1825, la invasión al archipiélago de Chiloé fue inminente. A pesar de que en Santiago ya se contaba con los recursos necesarios para la expedición, que en Lima el Virreinato del Perú había perdido todo poder, y que en el resto del continente las fuerzas republicanas avanzaban sin mayores obstáculos, los soldados apostados en los montes de San Carlos, Castro y Carelmapu seguían esperando, inmersos en la incertidumbre de una guerra que había comenzado en 1813, cuando muchos de ellos partieron rumbo a Chile a combatir en nombre del rey⁴⁵.

El gobernador Quintanilla se mantenía firme en sus convicciones, aunque cada vez más consciente de la realidad que lo cercaba. En sus últimos intentos, mantuvo aún la esperanza de

41 Manuel Torres, *Quintanilla y Chiloé: la epopeya de la constancia*, Andrés Bello, Santiago, 1985.

42 Juan José Fernández, "Los planes políticos de San Martín. Nuevos documentos", *Boletín Academia Chilena de la Historia*, (1953), p. 152.

43 Ricardo Montaner Bello, *Un capítulo de la historia diplomática de Chile*, Universidad de Chile, Santiago, 1935.

44 Sin embargo, en diciembre de 1818, el gobierno chileno lo desestimó y descartó esa posibilidad. Años más tarde, en 1826, se sospechó que Freire también había contemplado la posibilidad de ceder Chiloé y Valdivia como pago por los préstamos obtenidos en Londres para financiar la independencia de Chile. Carlos Silva Vildósola, "Papeles de O'Higgins. Un proyecto de alianza chileno- británica", *Revista Chilena*, (1925), p. 209.

45 Luis Mancilla, *Cuando los cholotes invadieron América*, s/d, Castro, 2016.

que sus proyectos monárquicos constitucionales, basados en un último esfuerzo por preservar la soberanía española, pudieran ser una solución para la continuidad del control sobre Chiloé.

Con distancias, pero con coincidencias en su forma, es interesante recordar que las repúblicas independientes americanas no estuvieron tan alejadas de una representación política que involucrara la participación soberana de todos los Estados dentro de un marco más general. En 1815, por ejemplo, en otros términos, Simón Bolívar expresó la idea grandiosa de “formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene su origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse”⁴⁶.

Sin embargo, a Chiloé no llegó ese llamado como sí lo había hecho el constitucionalismo hispánico. Durante el gobierno de Quintanilla, el Trienio Liberal en España (1820-1823) representó un breve rayo de esperanza para quienes defendían la opción de un régimen constitucional que preservara la monarquía. No obstante, la corta duración de ese periodo y la falta de sustento para su expansión hacia las posesiones ultramarinas, no le hizo prosperar.

La desigual representación política entre los territorios y la metrópoli se mantuvo durante el Trienio, perpetuando la distinción entre el español peninsular y el español americano. A pesar de que los americanos superaban en número a los peninsulares, las decisiones seguían siendo controladas por estos últimos, lo que frenó muchos de los proyectos que podrían haber dado mayor autonomía a los territorios ultramarinos ⁴⁷.

El gobierno de Chiloé, abandonado a su suerte en el extremo sur del continente, no tuvo más opción que aferrarse a la quimérica esperanza de recibir apoyo militar desde España. En su correspondencia con el Ministro de Guerra de la Monarquía, Quintanilla relataba los infortunios sufridos, incluidos los relacionados con la conspiración de Velásquez y Pérez. Previendo nuevos levantamientos motivados por la desesperanza que reinaba entre sus tropas, reafirmó su decisión de mantenerse impasible. A pesar de las presiones de los políticos chilenos, el gobernador y su gente optaron por la resistencia decididos a no ceder sin luchar.

En esta actitud, tampoco pudo evitar informar al Rey sobre el creciente desaliento que había caído sobre algunos milicianos locales. Abandonados en el extremo sur del continente, sin noticias de apoyo ni consideración en los proyectos políticos peninsulares y sin los recursos económicos necesarios para hacer una defensa efectiva, el panorama era desolador. Le expresó:

46 *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador Simón Bolívar*, Tomo XXII, pp. 207-229.

47 Miguel Artola, *Las cortes de Cádiz*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2003; Manuel Chust, *La cuestión nacional americana en las cortes de Cádiz, 1810-1814*, Fundación Instituto de Historia Social-UNAM, Valencia, 1999; Pedro Rújula y Manuel Chust, *El Trienio Liberal. Revolución e independencia (1820-1823)*, Catarata, Madrid, 2020.

“Mi situación, Excmo. Sr., y la de los Jefes y oficiales buenos servidores de S. M. es la más crítica: estamos expuestos al resultado de otra revolución que nos sea funesta, y a pesar de todos mis esfuerzos por el bien del Real servicio, noto en los habitantes de esta Provincia un desaliento considerable, motivado de los desgraciados acontecimientos del Perú, y de toda esta parte de América. La opinión por la causa de S. M. se halla tan decaída, que será muy fácil a cualesquiera revolucionario hacerlos cambiar de la fidelidad con que hasta ahora han defendido la causa del rey”⁴⁸.

El cambio anímico en comparación con años anteriores era evidente. Aun así, en un último intento, confiaba en que una expedición desde la Península podría llegar para salvarles: “a la fecha ya habrá salido alguna expedición de esa Península, para algún punto de esta América, y esa es la única esperanza que me queda para poder mantener este territorio por la justa causa del rey”⁴⁹.

Ante la certeza de lo que se venía reconoció las escasas posibilidades de defensa y permitió a su gente optar por una rendición pacífica: “Para hacer defensa se necesitan fondos, entusiasmo y decisión, y nada hay según mi concepto. Reúna usted la oficialidad, con brevedad, agite al cabildo y que se *decidan prontamente, si se defienden, o se capitula*”, señaló a quien lideraba la ciudad de Castro, el comandante José Rodríguez Ballesteros⁵⁰.

En ese contexto, el cabildo chilote redactó una propuesta de capitulación, en la que solicitaba, entre otros puntos, que se mantuvieran los cargos del gobernador y los magistrados, que los milicianos no fueran expatriados salvo en casos de delito, y que se respetaran las personas, bienes y propiedades. Pero el gobernador negoció con ellos y finalmente la desestimó⁵¹.

Manuel Velásquez, ya en Chile a finales de 1825, emprendió viaje al archipiélago con la misión de alterar el orden público en favor de la causa independentista, introduciendo panfletos y conspirando para que los habitantes se volvieran en contra de su gobernador. Este esfuerzo también fue documentado por la mirada de viajeros que se encontraban en Valparaíso, señalando que ya habían partido agentes hacia Chiloé “con el fin de preparar los espíritus e infundir proclamas a favor de la independencia”⁵².

Prevenido de la llegada de esos conspiradores, esta vez Quintanilla no mostró clemencia. Ordenó expresamente que cualquier intento de sedición fuese reprimido con dureza. Instruyó a los comandantes locales, como Francisco Félix Díaz en Carelmapu, que si encontraban a

48 Gonzalo Aravena, *Chiloé 1826*, p. 203.

49 Ibíd.

50 José Rodríguez Ballesteros, *Historia de la Revolución y Guerra de la Independencia del Perú desde 1818 hasta 1826*, Impr. Cultura, Santiago de Chile, 1946, pp. 386-387.

51 Fondo Vicuña Mackenna, ANCh, XII, 16.

52 Barón de Bougainville, *Journal de la navigation autor du globe de la frigate la Thetis et de la corvette l'esperance pendant les annes 1824, 1825 y 1826*, París, 1837, p. 561.

Velásquez lo fusilasen en el acto. No iba a permitir que los expulsados volvieran a influir en su territorio. Había ofrecido también recompensas de cien pesos por cada conspirador entregado, vivo o muerto, y ordenó a sus milicianos registrar montes y casas sospechosas para sofocar cualquier levantamiento⁵³.

Mientras tanto en Santiago, en octubre de 1825, entre el Congreso y el Ejecutivo, se aprobó finalmente el proyecto que daría luz verde a la expedición militar. Sin embargo, uno de los artículos del proyecto generó reparos. El octavo, particularmente, que condicionaba la invasión a la completa reunión de la representación nacional. Freire consideraba que la campaña no era una guerra exterior, sino un asunto interno, pues se trataba de un territorio que le pertenecía al país. Por tanto, argumentaba que la objeción era innecesaria y retrasaría injustificadamente la expedición. Comparó la situación con las anteriores campañas contra Osorio y otros jefes realistas, sosteniendo que no era necesario reunir a todos los representantes para ejecutar lo que consideraba una campaña legítima. Advirtió que, de suceder esto, los chilenos serían acusados de engañar al mundo y ser los responsables de prolongar los males de América⁵⁴.

Afortunadamente para el gobierno, el conflicto fue resuelto a su favor y el 18 de noviembre de 1825, más de 2000 milicianos republicanos zarparon desde Valparaíso hacia el sur, marcando el comienzo del fin de la resistencia realista en Sudamérica.

La invasión fue cuidadosamente planificada, y Freire tenía en mente que debía concluirse entre los meses de diciembre y febrero, los únicos con un clima relativamente favorable para operaciones militares en la región. Pero el clima no cooperó del todo, y el 10 de enero de 1826 se realizó el primer desembarco bajo condiciones adversas⁵⁵.

En la comunicación al presidente del consejo de gobierno sobre el éxito de la expedición, Freire señaló que el coronel José Santiago Aldunate, acompañado por el teniente La Rosa y el mayor Manuel Velásquez que ya estaba en Chiloé, lideraron la operación. Aldunate desembarcó en la playa de Núñez y, a pesar de los desafíos, logró sorprender la batería de Agüi, capturando cinco prisioneros, incluido un oficial. Al día siguiente, el resto de las tropas desembarcó en Balcacura, avanzando hacia San Carlos bajo una intensa lluvia. A pesar de las dificultades del terreno, destacó la valentía y resistencia de sus hombres. La marcha fue ardua, con soldados hundiéndose hasta las rodillas en el fango, pero su determinación no flaqueó. Elogió a sus tropas por su fortaleza, subrayando que estas condiciones extremas solo aumentaban su deseo de enfrentar al enemigo⁵⁶.

53 Fondo Vicuña Mackenna, ANCh, XII, 16.

54 Valentín Letelier, *Sesiones de los Cuerpos Legislativos de la República de Chile (SCL)*, XI, 407.

55 Diego Barros Arana, *Las campañas de Chiloé*.

56 ANCh, Ministerio del Interior, 75, 2-5.

Este relato de resistencia contribuyó a la construcción del mito heroico que acompañó la conquista de Chiloé, presentando a las tropas republicanas como símbolo de la nueva nación chilena, dispuestas a soportar cualquier adversidad para alcanzar la libertad completa de Sudamérica.

Entre el 12 y el 16 de enero de 1826, tropas chilenas se enfrentaron a la resistencia chilota. Las decisivas batallas en los altos de Pudeto y los cerros de Bellavista sellaron la rendición definitiva del ejército realista. A pesar de que el general Quintanilla creía posible continuar, enviando órdenes a sus subalternos en Chacao, la realidad superó su voluntad⁵⁷. El avance republicano fue imparable.

Freire, en su reporte, mencionó las bajas sufridas: “Nuestra pérdida no pasa de dieciséis muertos y setenta y seis heridos, incluidos tres oficiales... La del enemigo no ha sido posible saberse con exactitud, pero ha sido considerable”, confirmando que la conquista estuvo muy lejos de ser pacífica⁵⁸.

La retirada chilota fue hacia el interior de la Isla Grande, rumbo a Castro. Mientras tanto, San Carlos, la capital, fue puesta bajo control total de las tropas chilenas, y sus fortificaciones cedieron por primera vez. La noticia fue enviada a Santiago con orgullo y exaltación: “La guerra de independencia ha terminado con acciones dignas del carácter y de la virtud nacional... Los oficiales y soldados del ejército y escuadra se han mostrado superiores a sí mismos. Los recomiendo a la gratitud y admiración de todos los chilenos”⁵⁹.

La invasión a Chiloé, tras años de resistencia realista e intentos fallidos, marcó el cierre definitivo de la guerra de independencia en Chile. Este episodio, más allá de las gestas militares y los sacrificios de ambos bandos, evidenció las complejidades de consolidar un nuevo orden republicano en territorios marcados por la lealtad a la Monarquía Católica.

El 18 de enero de 1826 se redactó el tratado que selló la capitulación, y un día después fue ratificado por Freire en San Carlos y Quintanilla en el puente de San Antonio, cerca de la localidad de Tantauco, a medio camino de Castro. Posteriormente fue conocido simplemente como el Tratado de Tantauco.

Epílogo

La incorporación de Chiloé al Estado chileno representó el cierre definitivo de las guerras de independencia en Sudamérica y el inicio de un nuevo capítulo en el avance del orden republi-

57 Fondo Vicuña Mackenna, ANCh, XII, 16.

58 ANCh, Ministerio del Interior, 75, 2-5.

59 Idem.

cano. Aunque la batalla de Ayacucho marcó el colapso del poder realista en gran parte del continente, el archipiélago de Chiloé persistió durante 14 meses más como el último enclave monárquico, destacándose como un territorio estratégico donde se entrelazaron tensiones militares, políticas y diplomáticas.

El Tratado de Tantauco no solo simbolizó el desenlace de este prolongado conflicto, sino que también planteó nuevos desafíos sobre la integración de un territorio que, hasta entonces, había sido leal a la Monarquía Católica. Este episodio evidenció cómo los ecos de Ayacucho repercutieron en las estrategias republicanas y en la reconfiguración de las fronteras políticas en el extremo sur del continente.

Más allá de la victoria militar de enero de 1826, los eventos reflejaron las complejidades inherentes a los procesos de independencias. La invasión a Chiloé estuvo influida por un entramado de factores, desde las tensiones internas y la presión de potencias extranjeras hasta la propia resiliencia del gobierno chilote. Asimismo, las discusiones continentales, encabezadas por figuras como Simón Bolívar y Bernardo O'Higgins, resaltaron la importancia estratégica del archipiélago en la geopolítica del Pacífico y en la legitimación de los nuevos estados republicanos.

El proceso de incorporación subrayó la importancia de sostener la soberanía en los márgenes australes del territorio. Los retos de integrar un territorio históricamente vinculado al Virreinato del Perú pusieron de manifiesto las tensiones entre lo local y lo nacional, y los debates sobre la legitimidad y el significado de su incorporación se mantuvieron vivos durante décadas⁶⁰.

Finalmente, este episodio nos recuerda que las guerras de independencia fueron un proceso profundamente influido por dinámicas diplomáticas. Chiloé, como último bastión monárquico, se convirtió en un escenario donde se definieron las aspiraciones republicanas y se puso en cuestión la soberanía en un periodo de aceleradas transformaciones. Después de Ayacucho, su incorporación a Chile cerró un capítulo fundamental en la historia de la independencia sudamericana, al tiempo que abrió nuevos desafíos para el afianzamiento del proyecto republicano en el continente.

60 Tomás Catepillan, "La Provincia de Chile".